

SALOU

LA PLAYA DE LA CORONA DE ARAGON

Por LUIS CARANDELL. Fotos: XAVIER MISERACHS

SALIENDO de Benidorm hacia Valencia la costa es de una agresiva belleza. Atravesamos un paisaje semidesértico a lo largo de la cadena de montes pelados que nos ha acompañado, a nuestra izquierda, desde Alicante, sobre la que se levanta la imponente mole del Benacantil, rematado por el castillo de Santa Bárbara. Cruzamos de cuando en cuando pueblos blancos, más o menos industrializados para el turismo. En el negocio de sol y arena de la costa mediterránea nadie se ha quedado sin mojar su pan. Quien más quien menos alquila habitaciones a los veraneantes, aun en los barrios extremos de las ciudades, a una hora de autobús de la playa, o en los pueblecitos del interior. Vemos a campesinos transformados en taberneros. Los pescadores abandonan la pesca y se dedican a pasear turistas en su barca. Uno monta con cuatro tablas su chiringuito de refrescos, otro se organiza su carrito de helados, el de más allá vende patatas fritas y panchitos en la playa, a la hora del aperitivo. Surgen muchos nuevos negocios y quehaceres y el que no sabe hacer otra cosa, se dedica a acompañar señoras nórdicas, ya jamonas, y aparece en el café siempre con un nuevo reloj o un nuevo mechero. De esta manera, todos contribuyen con su grano de arena al engrandecimiento y consolidación de la

principal industria nacional. El esfuerzo de estos españoles que no veranean difícilmente puede exagerarse. Los dueños de restaurantes y tabernas no duermen más allá de dos o tres horas diarias. Cenar a las cuatro de la madrugada, después de haber recogido las cosas. Se levantan a las siete para ir al mercado. La mujer suele pasarse el día en la cocina. Se les ve pálidos, con los ojos inyectados. Tienen que ganar en los dos o tres meses que dura la temporada, prácticamente los beneficios de todo un año. Se marcharán los turistas extranjeros y los veraneantes españoles, y el pueblo quedará solitario bajo el sol pálido del invierno, con los rascacielos y los bloques de apartamentos absurdamente vacíos, desdénando el tremendo problema de la vivienda. De cuando en cuando vendrán unos señores de la vecina ciudad a darse una comilona de pescado. Los comerciantes del negocio turístico hablarán durante todo el año de la próxima temporada, de las perspectivas que se les ofrecen, de lo que está tramando el vecino competidor y de las cosas que se podrían hacer. Visto desde el ángulo mercantil, el verano se convierte en una pesadilla de la lucha por la vida, de trabajo a destajo y horas extraordinarias.

Pasamos Calpe, importante puerto pesquero, bajo la impo-

nente mole del peñón de Ifach. A medida que nos acercamos a tierras valencianas experimentamos el alivio de sus tierras feraces. Dejamos atrás el paisaje africano de Alicante y los acantilados del cabo de la Nao, entre Jávea y la deliciosa cala de Moraira. Los campos son aquí verdes, arrozales y naranjales, y las playas llasas y largas. Hasta Valencia, la carretera pasa por el interior. Nos bañamos en la playa de Valencia después de haber encargado la inevitable paella en el restaurante de La Pepica. A media tarde pusimos el ciento veinticuatro en carretera, no sin antes haber tomado en Barrachina la inevitable horchata. Aquella noche dormimos en una hostería de la carretera, entre Benicarló y Peñíscola. Desde la ventana de mi cuarto vi amanecer la península, con el castillo del Papa Luna, cismático y heterodoxo, más papista que el Papa. Peñíscola está intacta. No se ha construido nada aberrante en la península ni en el Istmo, pero, en los alrededores, las urbanizaciones amenazan estropear el paisaje que se contempla desde la bahía. En Peñíscola encontramos, acaso, el turismo extranjero más pobre de toda la costa. Por las estrechas y empinadas callejas de la ciudad medieval se paseaba un turismo de beatniks y chicas con melenas. El dueño del restaurante donde comimos, el Joan, me

dijo que aquellas gentes pasaban tanta hambre durante sus vacaciones que a la muralla de Peñíscola, donde ellos solían concentrarse, la llamaba la gente del pueblo «el muro de las lamentaciones». Pero Peñíscola es, sin duda ninguna, el lugar de mayor interés de toda esta costa, una playa intelectual, por decirlo de alguna manera.

Desde La Ametlla de Mar hasta Tarragona y Torredembarra, el complejo veraniego y turístico recibe el nombre de Costa Dorada. Este tipo de designación revela inmediatamente un origen burocrático. La gente de los pueblos de la Costa Dorada o de la Costa del Sol no saben que su costa se llama así. La única costa que tiene un nombre antiguo, enraizado en la tradición, es la Costa Brava. A partir de ese nombre han surgido los demás, aplicables a las otras costas de España, en reuniones de señores de tierra adentro que se rascaban la cabeza hasta que a uno se le ocurrió un nombre adecuado. Por lo general, son sosos y no tienen mucho que ver con la realidad física que representan. Dejamos a nuestra derecha Tortosa, ciudad tarraconense con visos de capital de una provincia independiente; San Carlos de la Rápita, donde dicen que se comen los mejores langostinos del mundo; La Ametlla, La Almedraba, Hospitalet del Infant y el delicioso puerto de pescadores de Cambrils, donde el negocio





«Salou se llama a sí mismo "Playa de Europa". Carandell propone el nombre también rimbombante de "Salou, playa de la Corona de Aragón"».



SALOU

Salou continúa siendo un barrio del vecino Ayuntamiento de Vilaseca, uno de cuyos rincones se ve en la foto.

turístico no ha destruido la industria pesquera original, que sigue siendo una de las más importantes de la costa catalana. Tomamos luego la carretera de la costa, llegando a una estación turística de nueva planta: Vilafortuny, y, a los pocos kilómetros, a la playa que hemos elegido para nuestro reportaje, la de Salou.

Salou se llama a sí misma «Playa de Europa», nombre grandilocuente que lleva consigo la idea de que Europa veranea en Salou. Yo, por mi parte, que voy buscando en los reportajes de esta serie las vacaciones de los españoles, propongo el nombre, igualmente rimbombante, que sirve de título a este reportaje: «Salou, la playa de la Corona de Aragón». A buen seguro que este nombre iba a hacer las delicias de los veraneantes catalano-aragoneses. La designación tiene su apoyo histórico, pues fue del cabo de Salou de donde salió Jaime I en su triunfal expedición para la conquista de Mallorca, pero encuentra su principal fundamento en el hecho de que Salou es hoy la playa de Barcelona, por un lado, y de Zaragoza, por el otro. Si de ello no hubiera otros indicios, bastaría fijarse en las matriculas de los coches aparcados en la calle y en la gran explanada del puerto. De la misma manera que el Madrid veraniego se vuelca en Benidorm, la Zaragoza que tiene vacaciones desemboca en Salou. Alguien me explicó, no sé si para hacer un chiste, que Zaragoza pretendía establecer en Salou un enclave de su provincia, teniendo en cuenta el gran número de zaragozanos que pasan allí el verano.

Pero el caso de Salou es ligeramente distinto del caso de Benidorm. Ambas son hoy ciudades de verano, que alcanzan los cien mil habitantes en los meses de julio y agosto. Una y otra se han llenado en estos últimos años de bloques de apartamentos, grandes hoteles y campings que les dan aspecto de ciudad improvisada. Pero, mientras Benidorm es un antiguo pueblo de pescadores con su iglesia y su castillo, Salou empezó siendo una colonia de veraneantes, que nunca alcanzó ni siquiera el honor de tener Ayuntamiento propio. Aún hoy, a pesar de la enorme importancia que ha adquirido, continúa siendo un barrio del vecino Ayuntamiento de Vilaseca, un pueblo de agricultores que se ha visto enriquecido de la noche a la mañana por la



Del cabo de Salou —hoy sembrado de modernos apartamentos— salió Jaime I para la conquista de Mallorca.





«Salou es un lugar adecuado para las chicas casaderas». La fotografía indica que el bikini y la ropa de ciudad —¿luto?— coexisten. A la derecha

«En el negocio de sol y arena de la costa mediterránea, nadie se ha quedado sin mojar su pan. Los pescadores abandonan la pesca y se dedican a pasear turistas en su barca. Uno monta con cuatro tablas su chiringuito de refrescos; otro se organiza su carrito de helados; el de más allá vende patatas fritas y panchitos en la playa...». Es Salou.

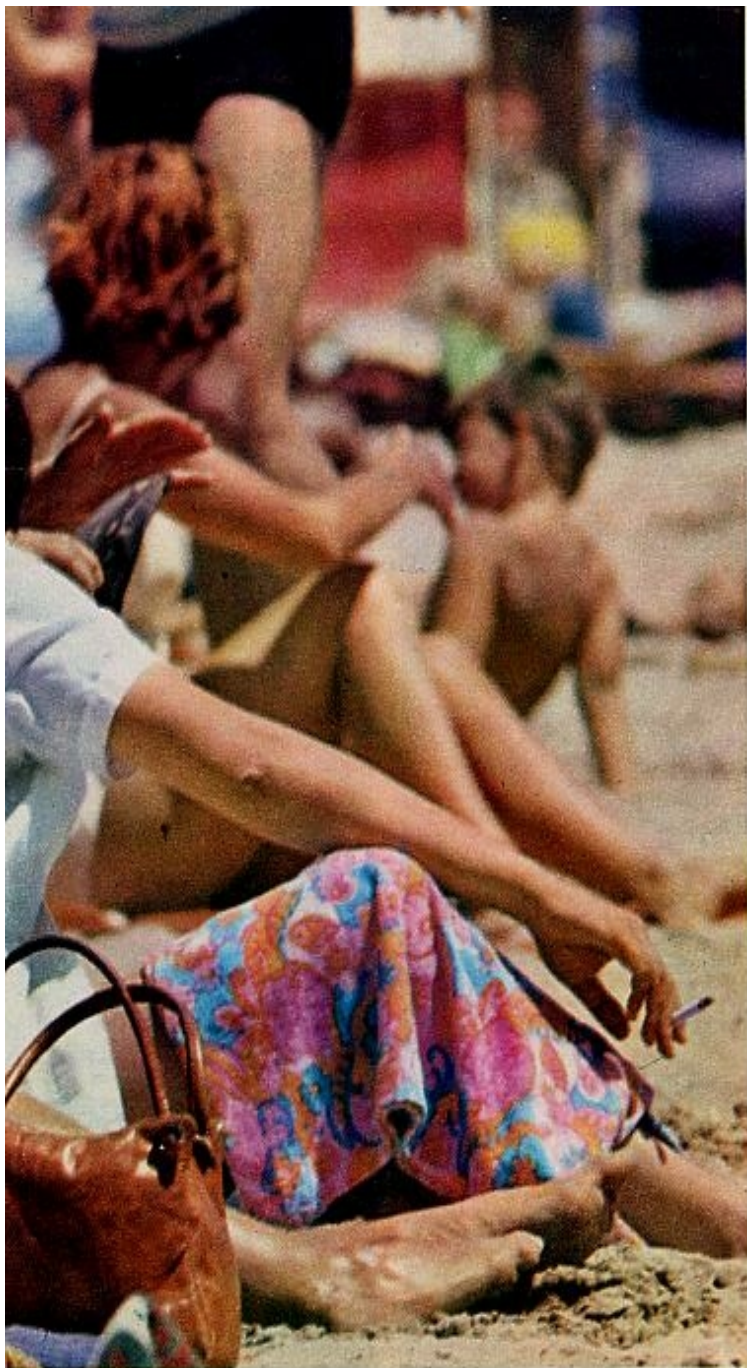


SALOU

prosperidad de su barrio marítimo. No falta, claro está, una buena dosis de resentimiento salouense frente a lo que podríamos llamar «el imperialismo de Vilaseca». Algunas de las personas con las que hablé me pintaron esta situación de sojuzgamiento con colores muy vivos, explicándome que, por ejemplo, Vilaseca pretende construir para sí un estadio de fútbol, mientras abandona negligentemente la construcción de un puerto deportivo para la «Playa de Europa». Un anciano del pueblo de Salou me aclaró con una sonrisa sardónica que en realidad existía en Salou un Ayuntamiento clandestino dirigido por los propios salouenses.

En contraste con Benidorm, creado de la nada por la energía y el espíritu de empresa de su Ayuntamiento, Salou conserva todavía, bajo los bloques de cemento de la ciudad nueva, el se-

llo del veraneo señorial antiguo. Encontramos en el centro del pueblo gran número de villas construidas durante el primer cuarto de este siglo, a menudo en el estilo recargado del modernismo catalán. Los primeros en darse cuenta de la importancia que Salou podía adquirir fueron, sin duda, los señores de la vecina ciudad de Reus, gente enriquecida en el comercio de las avellanas y el aceite. Todavía hoy, asomándonos a mirar a través de las grandes verjas gaudinianas que rodean las villas señoriales, podemos sorprender a estas familias. Están sentados en sillones de mimbre en el umbrío jardín cubierto de grava, bajo los altos castaños. A su alrededor hay grandes macetas con hortensias azules. En el centro de la reunión, una mesita de mimbre con el café. Sale de la casa un anciano de paso vacilante, dando el brazo a uno de

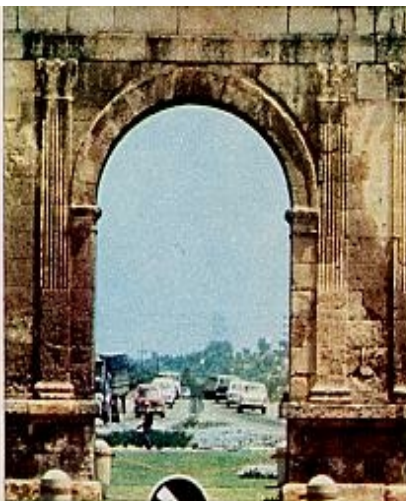


de estas líneas, un elemento ya clásico en las costas de Salou: la paella.



SALOU

«Desde La Ametlla de Mar hasta Tarragona y Torredembarra, el complejo veraniego y turístico recibe el nombre de Costa Dorada». En ella, junto a Tarragona, está el arco romano de Bará, que aparece encima de estas líneas. Pero «la gente de los pueblos de la Costa Dorada o de la Costa del Sol no saben que su costa se llama así». ¡Qué más da! El hecho es que todos los caminos —carreteras o ferrocarril— llevan a la costa...



Salou, como Benidorm, es una ciudad

los nietos y apoyándose en el bastón curvado. Es el propietario de los negocios de la casa, hace y deshace a su voluntad. Va siempre impecablemente vestido de gris oscuro, con corbata. Cuando llega a donde están los demás, todos se levantan y se disponen a escucharle reverencialmente. Lo que suelen decir estos ancianos no es nunca particularmente brillante. Recuerdo a uno de ellos, a quien escuché muy a menudo durante una época en estas reuniones bucólicas, que estaba obsesionado con la idea de la sequía. El campo de Reus ha tenido siempre problemas de agua que han entorpecido su producción agrícola. Aquel buen señor había inventado una frase lapidaria que convertía el problema de la sequía que sufría su ciudad en la cuestión clave del futuro del mundo. Ponién-





de verano que alcanza los cien mil habitantes en julio y agosto. En estos últimos años se ha llenado de bloques de apartamentos, de grandes hoteles.

dose muy serio repetía, tarde tras tarde: «Lo mon s'acabarà d'una secada».

La ciudad de Reus constituyó durante muchos años la única fuente de turismo de Salou. Allí venían los reusenses, en el famoso «carrilet», un tren en miniatura con su máquina de vapor, que, lamentablemente, ha sido sustituido ahora por una especie de automotor sin gracia. Los domingos, la playa de Salou se llena de reusenses con bolsas de comida. Así viene sucediendo desde que, a principios de este siglo, se descubrió el saludable influjo de los baños de mar. En mi época, los campesinos reusenses se ponían en marcha a las doce de la noche del sábado, toda la familia arrebujada dentro del carro tirado por una mula, para llegar a Salou de madrugada. La carretera

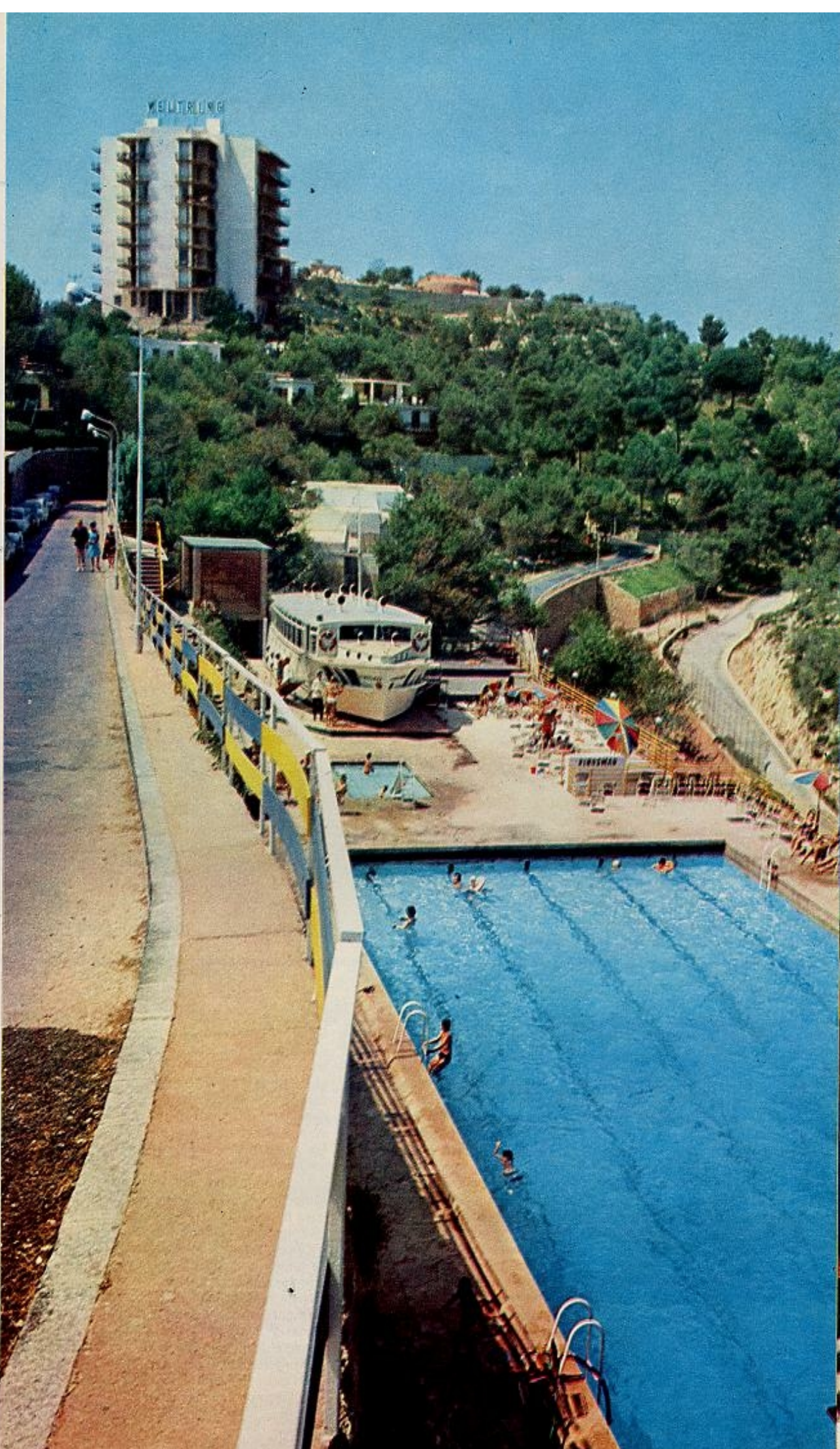
de Salou a Reus daba la sensación de una gran marcha de campesinos huyendo de la guerra o de la peste. No iban más que a bañarse, y dormitaban dentro del carro tapados con mantas. Por la mañana, en la playa, podían verse los carros alineados, con las mulas colocadas a la sombra de los toldos y la familia bañándose. Los chavales se metían en el agua con un taparrabos negro, pero los mayores chapoteaban por la orilla arremangándose los pantalones, o las mujeres subiéndose un poco las faldas del vestido de color gris. Esto sucedió hasta 1950 o algo más. Luego, los mozos empezaron a comprarse moto, pusieron granjas de gallinas con los nuevos procedimientos recién traídos a España. Los carros fueron envejeciendo y no se repusieron. Desaparecieron las tartanas. El vie-

jo autobús que hacía la línea de Salou, al que la gente y la propia empresa llamaban «La Barca», fue sustituido por una importante línea de autobuses. Para entonces, además, Salou había sido invadido ya por los veraneantes barceloneses y por los zaragozanos, así como por multitud de turistas.

Me encontré en Salou con el fotógrafo Xavier Miserachs, pues había dejado en Valencia a mi compañero Pedro Antonio Parra, quedando en encontrarnos de nuevo en San Sebastián para proseguir nuestro trabajo. Miserachs y yo anduvimos dos o tres días por Salou hablando con la gente y haciendo fotografías. Desde el punto de vista de la urbanización, Salou es, creo yo, superior a Benidorm. Las construcciones parecen más sólidas, menos, diríamos, funcionales.

Los barrios que han surgido en el cabo de Salou, en la montaña llena de pinos que se adentra en el mar, recuerdan a veces los lugares más lujosos de la Costa Brava. No tiene, en cambio, ese carácter frenéticamente vitalista de Benidorm, con su incontable número de clubs nocturnos. Salou es algo más aburrido, una playa familiar donde las niñas de catorce años se pasean en bicicleta por el pueblo, como en los dorados días del veraneo tradicional. Encontramos varias salas de fiestas, «boîtes» y establecimientos nocturnos, pero todo parecía mucho más apagado. La «boîte» Sancho Panza era una reminiscencia del antiguo Mediterráneo, que existía ya hace veinte años en el mismo lugar. Un sitio tranquilo donde bailaban los jóvenes y donde las mamás se quedaban sentadas alre-

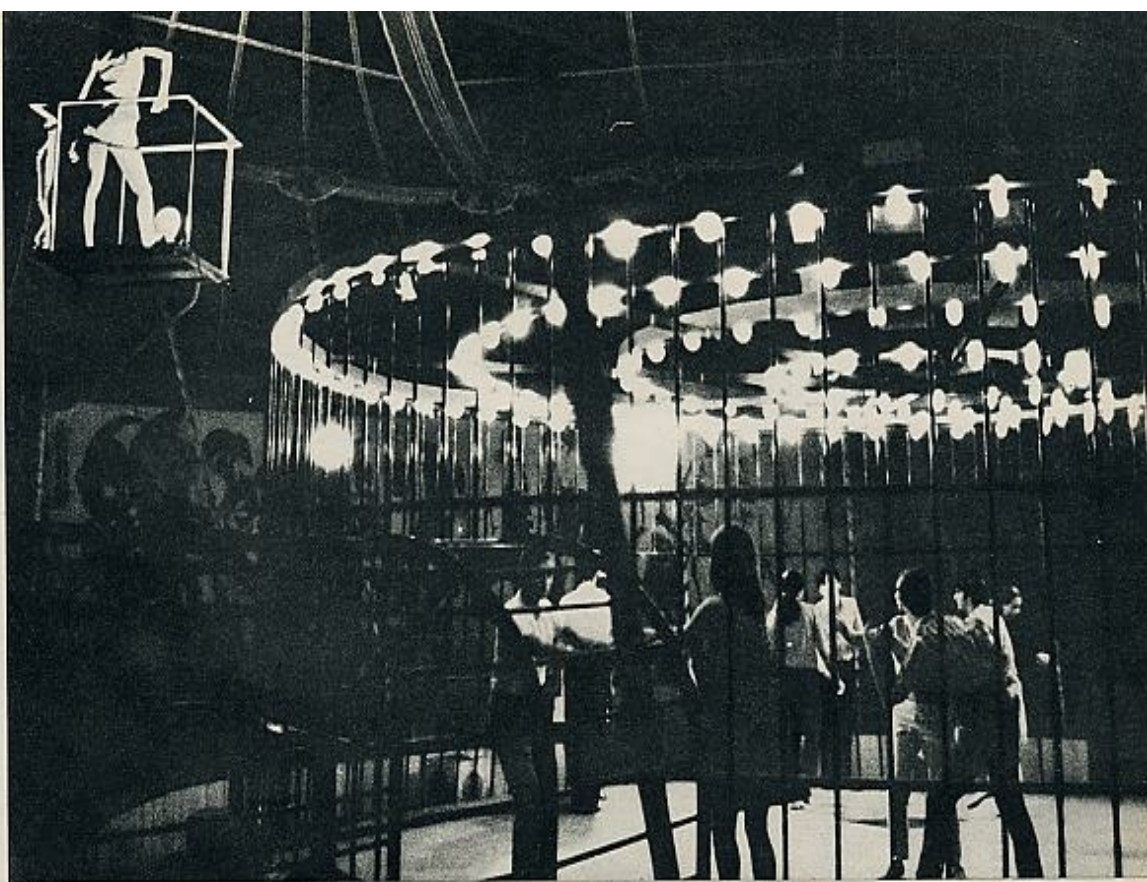
SALOU



«Salou empezó siendo una colonia de veraneantes que nunca alcanzó ni siquiera el honor de tener Ayuntamiento propio». En la fotografía, una vista parcial del complejo de Pinosmar, símbolo del moderno Salou.

dedor, vigilando a los niños y haciendo comentarios. **Saint Germain** parece ser el lugar de moda. La más original de todas ellas es la llamada **Cage de Medrano**, o Jaula de Medrano, que es un enorme entoldado en forma de circo, diseñado por el decorador barcelonés Joaquín Gallardo. En el centro de la pista hay una enorme jaula de leones, a la que se entra por un pasillo enrejado como el de las fieras en los circos. La idea, ligeramente insultante, produce un resultado muy estimable desde el punto de vista estético. Estuvimos hablando con el muchacho que se encargaba de aquello y le preguntamos si iban allí muchos españoles. Dijo: «Los españoles vienen poco por aquí, porque no lo encuentran cómodo». Encontramos también una «boîte» de tarde para adolescentes. Allí sí había españoles. Estaban sentaditos, tratando de imitar a los «teenagers» extranjeros, aunque muy bien vestidos, con ropa nueva y una actitud de burguesitos, tomando un tri naranjus. Por la calle, sobre todo en el centro del pueblo, en la llamada avenida de Barcelona, y también en el paseo de las Palmeras, predominaban las familias españolas, el papá con short y camisa colorada, la mamá con su vestido rosa y su enorme bolso de paja, los niños y niñas haciéndose mutuamente perrerías. Se veía también a menudo a la casada joven, muy emperifollada, con la criada uniformada y el cochecito del niño. La pareja de novios, él vestido de sargento de Milicias Universitarias del vecino campamento de Los Castillejos. Salou es un lugar adecuado para chicas casaderas. Los sábados por la tarde llegan en tropel los muchachos universitarios con el traje kaki, la gorra y los cordoncillos, a los que por allí se llama con el nombre abreviado de «milicios». Las familias cuyas hijas tienen un novio «milicio» se las arreglan para vernear en Salou, a fin de que «los muchachos» puedan estar juntos en los fines de semana. Nos encontramos en un baile a unas niñas, que dijeron ser hermanas, y les preguntamos si querían bailar. Una dijo: «Bueno». Pero la otra se negó en redondo. La hermana nos explicó lo que ocurría: «Es que tiene un novio "milicio"».

Nos hicimos amigos de unos muchachos que, de madrugada, al salir de la «boîte» nos llevaron a su casa. «Vamos a casa a tomar algo», dijeron. Pertenecían a una familia muy rica de Barcelona, que tenía importantes negocios en Salou. Fuimos a una casa enormemente lujosa, con piscina, y nos sentamos en un jardín iluminado que daba al mar. Uno de los muchachos se metió en la casa y salió con dos



La más original de las «boîtes» de Salou es la llamada «Cage de Medrano», o Jaula de Medrano, en forma de circo.

grandes bandejas de emparedados y dos botellas de champán. Como era una cosa improvisada, nos quedamos muy sorprendidos de que tuvieran emparedados y champán disponible en cualquier momento del día o de la noche. Un chico, que estaba también con nosotros y que había estado otras veces allí, nos explicó que la señora de la casa siempre tenía algo preparado para los invitados de sus hijos.

He hablado antes de los zaragozanos de Salou. Su presencia es lo más distintivo de aquella playa. Estando sentados en el restaurante Mistral pasaron dos chicas, y Miserachs dijo: «La de la derecha se llama María del Pilar; la de la izquierda, María del Moncayo». No es que las conociera, pero daba toda la impresión de ser así. En nuestros paseos por Salou encontramos una

peluquería que se llamaba «Salón Zaragoza», una churrería llamada «La Aragonesa», un restaurante con el nombre de «Los tres baturros» y, por lo menos, dos villas que tenían a la puerta, grabado en bronce, el nombre de «María del Pilar». En todos los cafés había gente leyendo «El Heraldo de Aragón». Yo mismo lo compré y vi que en la sección de anuncios económicos se ofrecían multitud de apartamentos en Salou. Veía por la calle grupitos de chicas a las que me imaginaba perfectamente en Las Vegas o en la cafetería Goya, y también matrimonios mayores que muy bien pudiera haberme encontrado en el café de **Antiguos espumosos** del paseo de la Independencia. Veía también grupos de chicarrones con medallas de la Pilarica, que iban dándose mutuamente palmeta-

zos en la espalda y haciendo luchas en tono de broma. Oí a una chica decir un taco aragonés para señoritas formales: «¡Su madre de corcho!». Y a cada momento y por todas partes se escuchaban los diminutivos aragoneses: «Papá quiere que comamos prontico», «Anda, Manolico, cómete el platanico», «Siempre estás pidiendo heladicos, luego coges anginicas». Estoy por decir que el aragonés es el idioma de verano de esta playa de la Corona de Aragón.

Pero nuestro viaje por las playas de España debía proseguir. Muy de mañana, para evitar los rigores del sol que España vende a Europa, me puse en camino hacia San Sebastián, donde había de encontrar las playas húmedas y decentes del veraneo clásico. ■ **LUIS CARANDELL.**
Fotos: XAVIER MISERACHS.



Nuestros colaboradores, Luis Carandell y Xavier Miserachs, fotografiados ante el «Seat 124» con el que recorren la geografía veraniega española.

en el próximo número
VACACIONES A LA ESPAÑOLA

3

EL NORTE